

## CAPÍTULO 9

### La inmutabilidad de Dios

Oh Cristo, Señor nuestro, Tú has sido nuestra morada en todas las generaciones. Como los conejos a su roca, así hemos corrido a Ti en busca de seguridad; como las aves de sus andanzas, así hemos volado a Ti en busca de paz. El azar y el cambio están ocupados en nuestro pequeño mundo de la naturaleza y de los hombres, pero en Ti no encontramos variabilidad ni sombra de cambio. Descansamos en Ti sin temor ni duda y afrontamos nuestro mañana sin ansiedad. Amén.

La inmutabilidad de Dios es uno de los atributos menos difíciles de comprender, pero para captarla debemos disciplinarnos para separar los pensamientos habituales con los que pensamos en las cosas creadas de los más raros que surgen cuando tratamos de asirnos a lo que pueda comprenderse de Dios.

Decir que Dios es inmutable es decir que nunca difiere de Sí mismo. El concepto de un Dios que crece o se desarrolla no se encuentra en las Escrituras. Me parece imposible pensar que Dios varíe de Sí mismo en modo alguno. He aquí por qué:

Para que un ser moral cambie sería necesario que el cambio se produjera en una de estas tres direcciones. Debe ir de mejor a peor o de peor a mejor; o, concediendo que la cualidad moral permanezca estable, debe cambiar dentro de sí mismo, como de miniatura a madurez o de un orden de ser a otro. Debe quedar claro que Dios no puede moverse en ninguna de estas direcciones. Sus perfecciones excluyen para siempre tal posibilidad.

Dios no puede cambiar para mejor. Puesto que Él es perfectamente santo, nunca ha sido menos santo de lo que es ahora y nunca puede ser más santo de lo que es y siempre ha sido. Dios tampoco puede cambiar a peor. Cualquier deterioro dentro de la naturaleza indeciblemente santa de Dios es imposible. De hecho, creo que es imposible incluso pensar en tal cosa, porque en el momento en que intentamos hacerlo, el objeto en el que estamos pensando ya no es Dios, sino otra cosa y alguien menos que Él. Aquel en quien estamos pensando puede ser una criatura grande y asombrosa, pero por ser una criatura no puede ser el Creador autoexistente.

Así como no puede haber mutación en el carácter moral de Dios, tampoco puede haberla en la esencia divina. El ser de Dios es único en el único sentido propio de esta palabra; es decir, Su ser es distinto y diferente de todos los demás seres. Hemos visto cómo Dios difiere de Sus criaturas en ser autoexistente, autosuficiente y eterno. En virtud de estos atributos, Dios es Dios y no otro ser. Quien puede sufrir el más mínimo grado de cambio no es ni autoexistente, ni autosuficiente, ni eterno, y por tanto no es Dios. Sólo un ser compuesto de partes puede cambiar, pues el cambio es básicamente un desplazamiento en la relación de las partes de un todo o la admisión de algún elemento extraño en la composición original. Puesto que Dios es autoexistente, no está compuesto. En Él no hay partes que puedan ser alteradas. Y puesto que es autosuficiente, nada puede entrar en Su ser desde fuera.

"Todo lo que está compuesto de partes", dice Anselmo, "no es del todo uno, sino que es en cierto modo plural y diverso de sí mismo, y ya sea de hecho o en concepto es capaz de disolución. Pero estas cosas son ajenas a Ti, que no puedes concebir nada mejor. Por lo tanto, no hay partes en Ti, Señor, ni eres más que uno. Pero Tú eres tan verdaderamente un ser unitario, y tan idéntico a Ti mismo, que en ningún aspecto Te diferencias de Ti mismo, sino que Tú eres la unidad misma, indivisible por cualquier concepción."

"Todo lo que Dios es lo ha sido siempre, y todo lo que ha sido y es lo será siempre". Nada de lo que Dios ha dicho acerca de Sí mismo será modificado; nada de lo que los profetas y apóstoles inspirados han dicho acerca de Él será rescindido. Su inmutabilidad lo garantiza.

La inmutabilidad de Dios aparece en su belleza más perfecta cuando se la compara con la mutabilidad de los hombres. En Dios no hay cambio posible; en los hombres es imposible escapar al cambio. Ni el hombre es fijo ni su mundo, sino que él y éste están en constante flujo. Cada hombre aparece por un rato para reír y llorar, para trabajar y jugar, y luego se va para dejar sitio a los que le seguirán en el ciclo sin fin.

Algunos poetas han encontrado un placer morboso en la ley de la impermanencia y han cantado en clave menor la canción del cambio perpetuo. Omar el fabricante de tiendas cantó con patetismo y humor la mutación y la mortalidad, las dos enfermedades que afligen a la humanidad. "No golpees tan bruscamente esa arcilla", exhorta al alfarero, "puede que sea el polvo de tu abuelo con el que haces tan libremente". "Cuando levantas la copa para beber vino tinto", recuerda al juerguista, "puede que estés besando los labios de alguna belleza muerta hace tiempo".

Esta nota de dulce tristeza expresada con suave humor da una radiante belleza a sus cuartetos pero, por bello que sea, todo el largo poema está enfermo, enfermo de muerte. Como el pájaro encantado por la serpiente que lo devoraría, el poeta está fascinado por el enemigo que lo está destruyendo a él y a todos los hombres y a cada generación de hombres.

Los escritores sagrados también se enfrentan a la mutabilidad del hombre, pero son hombres sanos y hay una fuerza saludable en sus palabras. Han encontrado la cura para la gran enfermedad. Dicen que Dios no cambia. La ley de la mutación pertenece a un mundo caído, pero Dios es inmutable, y en Él los hombres de fe encuentran por fin la permanencia eterna. Mientras tanto, el cambio obra a favor de los hijos del reino, no contra ellos. Los cambios que se producen en ellos son obra de la mano del Espíritu viviente. "Pero todos nosotros", dice el apóstol, "mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor."

En un mundo de cambio y decadencia, ni siquiera el hombre de fe puede ser completamente feliz. Instintivamente busca lo inmutable y le aflige la desaparición de las cosas queridas y familiares.

*¡Oh Señor! Mi corazón está enfermo,  
Harto de este cambio eterno; Y la vida corre tediosamente rápido  
A través de su inquieta raza y variada gama: El cambio no encuentra  
semejanza en Ti y no despierta eco en Tu muda Eternidad. Frederick W.  
Faber*

Estas palabras de Faber encuentran una respuesta comprensiva en todos los corazones; sin embargo, por mucho que deploremos la falta de estabilidad en todas las cosas terrenales, en un mundo caído como éste la capacidad misma de cambiar es un tesoro de oro, un don de Dios de un valor tan fabuloso que exige una acción de gracias constante. Para el ser humano, toda la posibilidad de redención reside en su capacidad de cambiar.

Pasar de una clase de persona a otra es la esencia del arrepentimiento: el mentiroso se convierte en veraz, el ladrón en honesto, el lascivo en puro, el orgulloso en humilde. Toda la textura moral de la vida se altera. Los pensamientos, los deseos, los afectos se transforman, y el hombre ya no es lo que era antes. Tan radical es este cambio que el apóstol llama al hombre que antes era "el hombre viejo" y al hombre que ahora es "el

hombre nuevo, que se renueva en el conocimiento según la imagen de aquel que lo creó."

Sin embargo, el cambio es más profundo y básico de lo que cualquier acto externo puede revelar, pues incluye también la recepción de vida de otra y más elevada calidad. El hombre viejo, incluso en sus mejores momentos, sólo posee la vida de Adán: el hombre nuevo tiene la vida de Dios. Y esto es más que una mera manera de hablar; es literalmente cierto. Cuando Dios infunde la vida eterna en el espíritu de un hombre, éste se convierte en miembro de un orden de ser nuevo y superior.

En el desarrollo de sus procesos redentores, el Dios inmutable hace pleno uso del cambio y, a través de una sucesión de cambios, llega finalmente a la permanencia. En el libro de Hebreos se muestra esto con la mayor claridad.

"Quita lo primero para establecer lo segundo" es una especie de resumen de la enseñanza de ese notable libro. El antiguo pacto, como algo provisional, fue abolido, y el nuevo y eterno pacto tomó su lugar.

La sangre de machos cabríos y toros perdió su significado cuando se derramó la sangre del Cordero Pascual. La ley, el altar, el sacerdocio, todo era temporal y estaba sujeto a cambios; ahora la ley eterna de Dios está grabada para siempre en la materia viva y sensible de la que está compuesta el alma humana. El antiguo santuario ya no existe, pero el nuevo santuario es eterno en los cielos y allí el Hijo de Dios tiene su sacerdocio eterno.

Aquí vemos que Dios utiliza el cambio como un humilde siervo para bendecir a Su casa redimida, pero Él mismo está fuera de la ley de la mutación y no se ve afectado por ningún cambio que ocurra en el universo.

*Y todas las cosas a medida que cambian proclaman  
El Señor eternamente el mismo.* Carlos Wesley

De nuevo surge la cuestión de la utilidad. "¿De qué me sirve saber que Dios es inmutable?", pregunta alguien. "¿No es todo una mera especulación metafísica? ¿Algo que puede dar cierta satisfacción a las personas de un tipo particular de mente, pero que no puede tener ningún significado real para los hombres prácticos?"

Si por "hombres prácticos" entendemos hombres incrédulos absortos en asuntos seculares e indiferentes a los reclamos de Cristo, al bienestar de sus propias almas o a los intereses del mundo venidero, entonces para ellos un libro como éste no puede tener significado alguno; ni tampoco, por desgracia, cualquier otro libro que tome en serio la religión. Pero aunque tales hombres sean mayoría, no constituyen en modo alguno la totalidad de la población. Todavía quedan los siete mil que no han doblado sus rodillas ante Baal. Estos creen que fueron creados para adorar a Dios y disfrutar de su presencia para siempre, y están ansiosos por aprender todo lo que puedan sobre el Dios con el que esperan pasar la eternidad.

En este mundo donde los hombres nos olvidan, cambian su actitud hacia nosotros según lo dictan sus intereses privados, y revisan su opinión sobre nosotros por la causa más insignificante, ¿no es una fuente de fuerza maravillosa saber que el Dios con quien tenemos que ver no cambia? ¿Que Su actitud hacia nosotros ahora es la misma que fue en la eternidad pasada y que será en la eternidad venidera?

Qué paz trae al corazón del cristiano darse cuenta de que nuestro Padre Celestial nunca difiere de Sí mismo. Al acercarnos a Él en cualquier momento, no tenemos que preguntarnos si lo encontraremos receptivo. Él es siempre receptivo a la miseria y a la necesidad, así como al amor y a la fe. No tiene horarios de oficina ni establece períodos en los que no quiere ver a nadie. Tampoco cambia de opinión sobre nada. Hoy, en este momento, siente por sus criaturas, por los niños, por los enfermos, por los caídos, por los pecadores, exactamente igual que cuando envió a su Hijo unigénito al mundo para

morir por la humanidad.

Dios nunca cambia de humor ni se enfría en Sus afectos ni pierde entusiasmo. Su actitud hacia el pecado es ahora la misma que cuando expulsó al hombre pecador del jardín del este, y Su actitud hacia el pecador la misma que cuando extendió Sus manos y clamó: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar."

Dios no transige y no necesita ser persuadido. No se le puede persuadir de que altere Su Palabra ni convencerle de que responda a una oración egoísta. En todos nuestros esfuerzos para encontrar a Dios, para agradecerle, para estar en comunión con Él, debemos recordar que todo cambio debe ser de nuestra parte. "Yo soy el Señor, no cambio". No tenemos más que cumplir con Sus términos claramente establecidos, poner nuestras vidas de acuerdo con Su voluntad revelada, y Su poder infinito se volverá instantáneamente operativo hacia nosotros de la manera establecida a través del evangelio en las Escrituras de la verdad.

*¡Fuente del ser! ¡Fuente del Bien! ¡Inmutable permaneces! Ni la  
sombra de un cambio  
Oscurece las glorias de Tu reinado.  
La Tierra puede con todos sus poderes disolverse,  
Si así lo quiere el gran Creador; Pero Tú por siempre eres el mismo, YO  
SOY es aún Tu memorial. De la colección Walker*